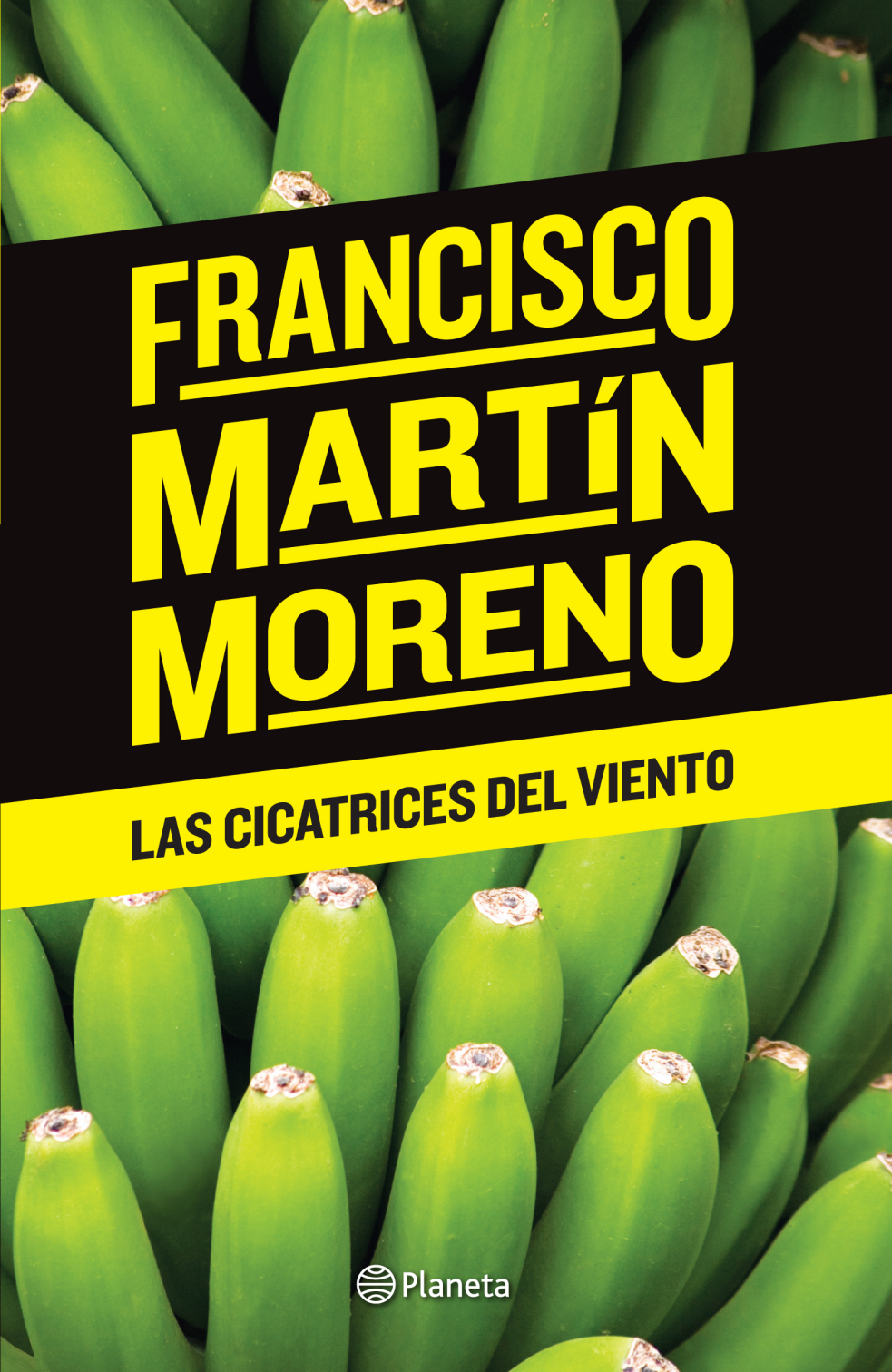
# FRANCISCO MARTÍN MORENO

## LAS CICATRICES DEL VIENTO



Planeta

# FRANCISCO MARTÍN MORENO

## LAS CICATRICES DEL VIENTO

Planeta

## IN MEMORIAM

*Enrique Martín Moreno Jr.*

*Puli: ya sabemos que el «no» es lo primero que nos ofrece la vida; el «sí», como nos enseñaste, es también lo primero que hay que arrebatarle.*

# Hemos perdido el sol

*La verdad es que estamos todos inmersos en un sistema económico que no tiene corazón.*[*]

WOODROW WILSON
Presidente de Estados Unidos de América

Aquella mañana, como todas las mañanas del mes de mayo, el amanecer sorprendió a Robert Keith con la mirada escrutadora clavada en la inmensidad del firmamento.

Como cada año, cuando la primavera se despedía del horizonte caribeño, vientos poderosos provenientes de la parte septentrional del océano Atlántico podrían empezar a soplar amenazadoramente. Bastarían sólo unos instantes para acabar con miles de hectáreas bananeras y con los sueños dorados de varias generaciones de audaces inversionistas. Los habitantes de las vastas zonas plataneras los recibían siempre poseídos de un profundo temor supersticioso. Bien podían significar el hambre con todas sus pavorosas secuelas, la muerte de la esperanza, la desintegración familiar, el regreso a un nivel de miseria jamás visto ni narrado ni siquiera imaginado a la luz mortecina de las velas de los bohíos de sus antepasados.

Cuando el vendaval comenzara a murmurar entre los platanares las aves remontarían vuelo en un escándalo infernal de graznidos y chirridos que se ahogarían tan pronto el torbellino bufara rabiosamente entre las inmensas hojas de los bananos sacudiéndolas, rasgándolas, arremetiendo cada vez con más violencia con-

[*] Richard Hofstäedter. *The American Political Tradition and Men who Made It*, V. 9, Vintage Book, Nueva York, p. 308.

tra las copas de los árboles, los techos de paja y los penachos de las palmeras, enmarañándolas como la cabellera de una mujer enloquecida. El cielo entonces se apagaría resquebrajándose momentáneamente con los latigazos plateados de la tormenta. Y cuando el viento por fin bramara desesperado por arrancar hasta la última ceiba las plantaciones lanzarían al cielo un interminable quejido inundando la selva con un patético lamento. Los pueblos enteros elevarían a su vez interminables plegarias invocando la gracia divina. Los rezos se escucharían desde los rincones de las más apartadas barracas de los caseríos hasta las humildes parroquias de las cabeceras municipales.

Todos: hombres, mujeres, niños y ancianos. Todos mirarían fervorosamente la cruz y el arremolinado infinito. Unos, de rodillas, con los escapularios aplastados y humedecidos entre las agrietadas manos y la cabeza abatida contra el pecho, inmersos en un críptico silencio, mientras el resto, de pie, sólo trataría de leer e interpretar las señales del cielo, adivinar acaso las intenciones veleidosas del sol y de las estrellas.

Por su parte Robert Keith intentaría descifrar el humor de los elementos naturales. Esperaba tras la ventana gigantesca de su recámara, como un pálido dios de mármol, los primeros rayos de luz de la madrugada. Desde ahí podría advertir la presencia de alguna nube oscura y alargada en el horizonte turquesa del Mar Caribe o el paso de la más ligera brisa, el mínimo balanceo de los penachos de las palmeras con las que había decorado el imponente jardín de su mansión tropical.

Todos los productores de banana en el mundo, igual los de Centro y Sudamérica que los del Trópico de Cáncer en África, Asia y Oceanía, temían el poder destructor del viento, aun del aparentemente más inofensivo, porque éste bien podría contar con la fuerza necesaria para romper las enormes hojas protectoras del banano, de las cuales dependía el tamaño y la calidad de la fruta, el porvenir de la empresa y hasta el futuro del país afectado por el ingobernable fenómeno natural.

Robert Keith había dedicado siempre especial empeño en la selección de las zonas para el sembradío. Escogía personal y cuidadosamente los mejores terrenos, localizados en las partes más bajas

de las planicies. Analizaba la temperatura, la humedad, las características necesarias del suelo, la precipitación pluvial requerida y la protección natural contra huracanes e inundaciones. Cualquier precaución era en todo caso insuficiente. La experiencia, invariablemente dolorosa, le había enseñado a desconfiar hasta del más insignificante de los chiflones. Aquéllos podían hacer siempre las veces de apocalípticos heraldos invisibles y anunciar en el momento más intempestivo el advenimiento del desastre.

Por eso aquella mañana, como todas las mañanas a partir del mes de mayo, el amanecer le sorprendió con la mirada clavada en el firmamento.

Todo parecía indicar el nacimiento de un día normal. La paz reinaba en su jardín, su termómetro infalible, como el mejor amanecer de la temporada. Las copas de los itabos, de los laureles, de los guabos y las de los framboyanes se encontraban inmóviles, y en el azul y jade del horizonte caribeño ninguna nube tenía la debida personalidad para representar la menor amenaza. Fue en ese momento cuando decidió recostarse nuevamente, sin cerrar las cortinas de seda blanca del ventanal, aquel ventanal desde el cual contemplaba en lontananza los azares de su porvenir. Prendió un nuevo cigarrillo sin percatarse de que otro humeaba aún indiferente en el cenicero atestado de colillas. Constató de reojo el sueño de su esposa, quien dormía ajena como siempre a sus problemas y a su vida. Entrecruzó los dedos detrás de la nuca, como era su costumbre desde niño, y paseó la mirada por cada uno de los prismas del candil, como si quisiera contarlos y verificar su luz y su lustre. Divagó entonces ajeno a las cuatro o cinco chamuscadas de la camisa de seda blanca de su pijama, quemaduras todas ellas de cigarros que le habían caído encendidos cuando el cansancio lo vencía, inmerso en sus reflexiones, como una sombra que avanza incontenible hasta cubrir el último reducto de luz en la mente infatigable del Rey de la Banana.

Robert Keith era el principal accionista y presidente del consejo de administración de la empresa bananera más importante del mundo, la United Fruit, mejor conocida a lo largo y ancho del Caribe, de Las Antillas y de la cuenca del Pacífico centroamericano como El Pulpo o La Frutera. La compañía había sido fundada con

un capital de veinte millones de dólares por su tío Minor Keith,* en compañía de otros socios, en los primeros meses de 1899, allá donde el siglo XIX empezaba a dar la vuelta. En aquel entonces la corporación surgió temerariamente a la vida convertida de hecho en un enclave impenetrable gracias a la suma de poderosas fuerzas económicas, agrícolas y mercantiles, ya operando en Santo Domingo, Honduras, Guatemala, Panamá, Cuba, Nicaragua, Jamaica y Colombia. En tan sólo treinta y cinco años Robert Keith aumentó el capital a 215 millones de dólares.** En el feliz momento del brindis ante la asamblea de accionistas sentenció con desbordado orgullo: *Al firmar el libro de actas en esta memorable ocasión considero haber justificado sobradamente mi existencia y haber honrado el nombre y el esfuerzo de todos aquellos que me precedieron en esta tarea titánica de alimentar a la humanidad.*

Minor Keith, el querido tío Minor, aquel hombre de baja estatura, ojos pequeños de fanático y cabeza en forma de manzana,*** había sido un organizador nato, un promotor de negocios inconfundible, un hombre de considerable experiencia política y financiera, un individuo dueño de una recia personalidad, ciertamente cautivadora, seguro de sí mismo y de sus proyectos económicos y mercantiles, dinámico y ambicioso en extremo dentro de un particular código de conducta moral. Además de todo, como una cualidad inexcusable de todo empresario exitoso, Minor Keith era frío, inflexible-

* La United Fruit Company nació jurídicamente a la vida el día 30 de marzo de 1899, bajo las leyes del Estado de Nueva Jersey, ya con un capital suscrito de 20 millones de dólares, 112 millas de ferrocarril y casi 100 mil hectáreas de tierra, de las cuales sólo 25 mil estaban en producción. Los haberes de la nueva compañía se integraron con el patrimonio de la Boston Fruit Company y de sus compañías asociadas que tenían un valor de 5 200 000 dólares, así como con los intereses de Minor Keith y sus asociados, además de todas las propiedades de la Tropical Trading and Transport Company, Ltd., de la Colombia Land Company y los de The Snyder Banana Company, con un importe de 4 millones de dólares en su conjunto. El presidente del nuevo consorcio fue Andrew Preston y el Primer Vicepresidente Minor Keith. May Stacy and Galo Plaza. *The United Fruit Company in Central America. The United States Business Abroad*, Library of Congress, p. 7.

** Stacy May and Galo Plaza, *op. cit.*, p. 7.

*** Richard Immermann, *The CIA in Guatemala. The Foreign Policy of Intervention*, University of Texas Press, Austin, p. 68.

mente frío y calculador, en particular cuando alguien arrojaba en la mesa de negociaciones la palabra *dólar*, único vocablo capaz de provocar en él las más variadas y abundantes secreciones.

En los años anteriores a la fundación de la United Fruit su máxima ilusión consistió en llevar a cabo la faraónica construcción de un sistema ferrocarrilero centroamericano. La obra magna debía unir Puerto Limón en el Caribe con San José, la capital de Costa Rica.* Él refinanciaría también la deuda pública costarricense, pediría a cambio los ingresos de todas las aduanas del país,** una concesión para explotar durante 99 años dichas vías férreas, 320 mil hectáreas de tierras fértiles en el lugar seleccionado por él y una exención para importar, libres de cualquier gravamen, los materiales de construcción necesarios para la ejecución de la empresa.

Los trabajos se iniciaron de inmediato y con ellos no tardaron en hacer acto de presencia algunos de los enemigos a vencer. La fiebre amarilla mata a sus dos hermanos. Mueren junto con ellos más de 150 trabajadores a lo largo de las jornadas iniciales de desmonte. El dolor no pudo ser más agudo. Piensa en desistir. Su autoimagen se lo prohíbe, el peso de su apellido se lo desaconseja. Su ambición y su vanidad no se lo permiten. ¿Un Keith? ¡Por Dios! Desafía entonces cualquier peligro. Ni la disentería ni la malaria ni otras tantas enfermedades tropicales, además de los insufribles

* En 1924 por ejemplo, de las 180 mil hectáreas controladas por la United Fruit en Honduras, 60 mil habían sido obtenidas como compensación por la construcción de ferrocarriles. La concesión de gigantescas extensiones de terreno y generosas exenciones fiscales a largo plazo, a cambio del tendido de vías férreas, era un procedimiento común aún por aquellos años. A falta de recursos las vías férreas se liquidaban con inmensas extensiones de terreno por cada kilómetro de ferrocarril construido. Minor Keith deseaba también unir por ferrocarril México y Colombia para lo cual ordenó la iniciación de los primeros estudios con el ánimo de iniciar a la brevedad los trabajos de investigación. Aunque este sueño nunca llegó a convertirse en realidad, su contribución a la construcción de la red ferroviaria en la región caribeña fue realmente extraordinaria. En 1881 funda la Santa Marta Railroad Co. y en 1904 la Guatemala Railroad Co. con un capital de 40 millones de dólares para unir Guatemala con Puerto Barrios.

** Minor Keith se ofreció a refinanciar la deuda pública de Costa Rica siempre y cuando se extendieran como garantía los impuestos recaudados por todas las aduanas costarricenses. Walter LaFeber, *Inevitable Revolutions. The United States in Central America,* WW Norton & Co., Nueva York, Londres, 1976, p. 55.

calores, ni la infernal variedad de animales reptantes y ponzoñosos, ni siquiera las temibles bocaracás lo hacen cancelar sus planes. La comida se pudría antes de arribar al área de construcción; las medicinas requeridas con urgencia nunca llegaban con la debida oportunidad porque el barco encallaba en las inmediaciones de Puerto Limón, en un banco de arena o en un arrecife no identificados en las cartas náuticas. Pero nada, nada ni nadie lo detiene. Ni el ocio desesperante impuesto por las circunstancias ni el hambre ni la enfermedad ni las peores inclemencias de la naturaleza ni las infernales incomodidades ni las sofocantes noches de insomnio lo convencen de la necesidad de cancelar su anhelado proyecto. Era imposible contenerlo. Yo soy un Keith, sí, un Keith, hermoso apellido, un verdadero constructor de civilizaciones. Por cada mosquito ganaré un dólar, por cada metro de riel ganaré un millón, con cada línea de ferrocarril consolidaré mi imperio y en el preciso centro de ese imperio estaré yo sentado en mi trono de dólares, sabiéndome envidiado y temido gracias a mi triunfo inigualable, incomparable y único en la historia de los forjadores del mundo moderno.

Minor Keith sorteó todas las dificultades como si alguien se las lanzara intencionalmente para medir su imaginación y destreza. Siempre lograba evadirlas y resolverlas hasta que una, disparada con furia y tino, hizo blanco espectacular en el centro mismo de sus ambiciosos planes. Cuando llevaba construidas sesenta millas de ferrocarril, en 1881, se encontró repentinamente sin recursos y sin crédito.* Sentía escurrirse lentamente por las paredes internas de un pozo viejo y enmohecido. No encontraba a su alcance nada para sujetarse. Las peregrinaciones a los centros financieros comenzaron a ser interminables. Tocó todas las puertas. Las de sus familiares y amigos, hombres de negocios, las de los banqueros y, desde luego, las de los altos funcionarios de los gobiernos supuestamente interesados. Recibió disculpas, sonrisas y explicaciones y un puro para que empecemos a relajarnos con los suaves aromas del Caribe, pero nunca le abrieron la caja de los dólares. Su rencor y su desprecio empezaban a nutrirse desde la intimidad de su so-

* Stacy May and Galo Plaza, *op. cit.*, p. 8.

ledad; el coraje guió cada uno de sus actos y lo llevó fanáticamente a repasar cada una de las posibilidades, a bascularlas y medirlas con el máximo arrojo y la más apasionada entrega. Desde el suicidio al fraude. No encontró alternativa. Es el fin, pensó una tarde en Nueva Orleáns mientras esperaba el barco que lo devolvería probablemente a morir y a ser enterrado junto con todo su desprestigio y su fracaso.

Qué lejos estaba de imaginar una solución, ahí, a la vista, a sólo unos cuantos pasos de la banca desde la cual veía morir la tarde. Nunca lo hubiera podido siquiera suponer. A tan corta distancia se encontraba la clave mágica para deshacer el nudo financiero que lo asfixiaba. De unos enormes garfios de acero negro vio colgadas un buen número de pencas de plátano todavía verdes, en espera de ser embarcadas para llegar en el punto ideal de maduración a las mesas de los consumidores. Cree encontrar la herramienta necesaria. Piensa en apalancarse financieramente con ella, en hacerse de los recursos necesarios a través de la compra venta de bananas en el gigantesco mercado norteamericano. Acomete de inmediato la empresa. Renta en cantidades insignificantes enormes superficies de terreno; se endeuda, se asocia, revende fruta, fleta barcos; los créditos fluyen a la agricultura. Empieza su recuperación, se entusiasma, recobra bríos, el color le vuelve al rostro. En 1883 ya exporta plátanos desde Costa Rica, Colombia y Nicaragua. Se hace de capital, obtiene jugosas utilidades, compra fincas, las explota sagazmente y en 1890 termina la construcción del ferrocarril ante la sorpresa, el disgusto y el rubor de propios y extraños.* Habían muerto cinco mil personas. Ni hablar, es el costo del progreso, el precio para disfrutar lo mejor del mundo civilizado.

Él es uno de los grandes detonadores de la fiebre bananera de finales del siglo XIX. Es otro pionero, como aquellos que hicieron estallar la fiebre del oro en su momento, allá por 1850, en el corazón mismo de la California recién perdida por México en razón de la superioridad militar norteamericana. Surgen por doquier empresas bananeras. Cien en 1899 que ya exportan desde Centroamérica y del Caribe 16 millones de pencas a Estados Unidos. Junto con la

* *Ibid*, p. 8.

expansión del mercado bananero se produce un desarrollo ferrocarrilero espectacular. Uno lleva de la mano al otro. La industria platanera lo salva de la quiebra. Nunca lo olvidará. El progreso invade de golpe Centroamérica por todas las puertas, ventanas y orificios. Minor Keith lo propició. Minor Keith descubrió la veta. Minor Keith se salió como siempre con la suya. Ése es un Keith. ¡No faltaba más! Por algo se dice que estamos forjados en el mejor de los aceros.

A partir de la fundación en 1912 de la International Railway of Centroamerica, consolida una imponente red ferroviaria: empieza a controlar el mercado agrícola con la aplicación de tarifas discriminatorias. Si los productores independientes no aceptaban sus precios y condiciones debían transportar su fruta con sus propios medios, en el entendido de que antes de embarcarla rumbo a Estados Unidos se encontrarían con toda certeza frente a un serio dilema: o llegar de inmediato a una transacción inteligente, como si fuera tan sencillo lograrla con Minor, y reconocer las ventajas de contratar los servicios de sus empresas, o resignarse a asistir perplejos a la pudrición de muchos años de esfuerzos y sufrimientos.

Su energía parecía inagotable. Era un verdadero maniático del trabajo, un dinámico constructor, un enfiebrado y goloso devorador de dólares, siempre imaginativo, resuelto y ocurrente. Sólo así logró iniciar una nueva era de transportación oceánica cuando la United Fruit fue la primera en instalar equipos de refrigeración en sus barcos revolucionando los mercados bananeros, así como los de frutas, legumbres y todo género de artículos perecederos. Al disminuirse la amenaza de la putrefacción se disparan las utilidades. Una descompostura en alta mar, una tormenta, aun aquellas que los piratas Drake y Raleigh difícilmente podían sortear en el engañoso Caribe; la pérdida de una conexión en Nueva Orleáns, para enviar los plátanos al mercado neoyorkino, dar con un encalladero desconocido, eran los percances que a partir de ese momento pudieron salvarse sin la pérdida irremediable y costosa del producto. Minor y sus socios avanzan, avanzan todos los días. En 1904 son los primeros en instalar equipos de radiocomunicación a bordo de sus barcos, para abastecer en tiempo y forma los mercados más importantes y unir con más eficiencia los centros de producción con

los de consumo. Minor Keith no cabía en sí. Desbordaba con satisfacción incontenible, él que siempre disimulaba sus emociones hasta la mínima expresión. Revisaba insistentemente los estados financieros y los balances de sus compañías para hacer modificaciones y ajustes, practicar todo género de ahorros y evitar hasta la menor fuga. Los desastres comienzan cuando a nadie le importa que se pudra un dominico. ¡Bah!, sólo es un dominico…

Descubre entonces fugas significativas originadas en el arrendamiento de barcos de carga. Recuerda las noches interminables de luna inmóvil durante la construcción del ferrocarril costarricense. El desperdicio de recursos, ahora en el renglón de fletes, lo conduce al insomnio. Encuentra como siempre alternativas financieras y empieza a comprar uno, dos, tres, luego diez, veinte, hasta que antes de morir, en 1929, precisamente el mismo año del crack bursátil en Wall Street, deja a la United Fruit con cien barcos de su propiedad, todos ellos con radio y equipo de refrigeración.

La Flota Blanca, como él la llamaba orgullosamente, o la Banana Fleet, como era conocida en el Departamento de Estado y en la misma Casa Blanca, y a lo largo y ancho del Caribe, Centroamérica y Las Antillas, despertaba los más encontrados sentimientos, desde el egoísmo y el temor, hasta el respeto y el coraje en todos sus niveles.* Minor despreciaba todas estas actitudes. El poder te encumbra y al encumbrarte eres inaccesible a las mordidas de los perros y al excremento en donde viven y se arrastran los incapaces. Tú trabaja, el resto vendrá solo. Cuando en 1913 nace la Tropical radio and Telegraph Co., como una subsidiaria más de la United Fruit, Minor Keith siente finalmente integrada una apabullante maquinaria de trabajo, una imponente aplanadora, la octava maravilla creada por el ingenio del hombre, que las máximas autoridades de Estados Unidos estaban obligadas a preservar, como si se tratara de un tesoro nacional, entre otras razones por su capacidad generadora de dólares, imprescindibles para la ejecución del dorado sueño americano.

Para Robert Keith, el único heredero merecedor de la confianza del insuperable tío Minor, el desarrollo de la United Fruit era el

* *Ibid*, p. 18.

único valor digno de ser defendido y tutelado. Su empresa absorbía toda su energía, atención y talento. Mi altar de vanidades, el espejo perfecto, la prueba más palpable de mi éxito en la vida, la verdad irrefutable de mi capacidad, los hechos convertidos en palabras, en muros de granito, la gran cortina de concreto donde se estrellan los estériles comentarios de los charlatanes, de los envidiosos y de los fracasados. Robert bien podía comenzar una plática sobre la pesca en el Caribe y el interlocutor ya sabía que en cualquier momento la conversación se desviaría indefectiblemente al tema bananero, a la producción de plátanos, a su transportación, comercialización y consumo en Norteamérica y Europa, en donde ya desde 1910 competían furiosamente con el mercado africano, a pesar de la distancia entre ambos continentes. Después de un segundo martini seco, preparado con ginebra inglesa, servido en un vaso Manhattan, con las tradicionales aceitunas españolas, una cebollita avinagrada y hielo frappé, como se las preparo a mi general Leónidas Trubico, la charla se convertía en monólogo. Keith describía con lujo de detalles la férrea personalidad de su tío Minor, el verdadero fundador de este imperio. Él fue, como dicen sus biógrafos,* el Gran rey Sin Corona en Centroamérica.**

Nosotros, los Keith, agregaba siempre altivamente con un dejo de desprecio indulgente, no somos conquistadores ni colonizadores: somos una familia de pioneros civilizadores. Hacemos y representamos lo mejor de la civilización. Vea usted a mi tío abuelo Henry Meiggs. Él empezó a construir la industria ferroviaria en Chile y en Perú allá a mediados del siglo pasado.*** Pronto se cumplirán cien años de fructífera actividad. Sin embargo el único constructor de la actual Centroamérica es sin duda alguna mi tío Minor, a él se le hará justicia sólo cuando el Caribe empiece a

* El biógrafo alemán de Minor Keith, Herman W. Bitter, fue el primero en referirse a él como el rey Sin Corona en Centroamérica. Stacy May and Galo Plaza, *The United Fruit Company in Latin America*, United States Business Abroad, p. 8.

** El biógrafo alemán de Minor Keith, Herman W. Bitter fue el primero en referirse a él como *El Rey Sin Corona en Centroamérica.* Stacy May and Galo Plaza, *op. cit.*, p. 8.

*** *Ibid*, p. 8.

superar la etapa de canibalismo, exclamaba sin el menor rubor o empacho ante los ojos sorprendidos de quien tuviera enfrente durante sus delirios genealógicos. Como usted comprenderá, repetía incansable su mismo argumento sin que nunca nadie, ni el propio Arzobispo de Salaragua ni su propio suegro, el ex presidente de la república, se atrevieran a contradecirlo, no le podemos exigir a unos antropófagos valores morales ni patrones de conducta inentendibles para ellos, pues sólo son válidos en sociedades y países como el mío, la cuna de todas las civilizaciones del futuro.

Dicho lo anterior, como quien termina de dirigir el último movimiento de una gloriosa sinfonía épica, ingería de un solo trago el martini en turno, con todo y aceitunas y cebolla, y después de unos instantes de jugosa masticación, a lo largo de los cuales tampoco dejaba de hablar, guardaba repentinamente silencio como si asistiera a un acto de respetuosa liturgia y empezaba a escupir los huesos, que salían disparados a gran distancia, como si se tratara de una competencia, al presionar hábilmente la lengua contra los dientes, sin necesidad de soplar, para lanzar el proyectil, curiosamente, siempre al mismo lugar.

Robert Keith no dejaba de recordar nunca las hazañas de su tío ni de preguntarse, ante la menor adversidad, cuál hubiera sido la actitud y la decisión de aquél ante un problema similar. Estudiaba mentalmente su rostro, sus manos, sus ojos, su ir y venir en la elegante sobriedad de la sala de juntas; pensaba en las preguntas que haría para ubicarse y medir el tamaño del conflicto y estar así en posibilidad de evaluar las diversas alternativas de solución. Intentaba penetrar en la mente privilegiada del difunto a través del recuerdo de sus pupilas siempre al acecho, para encontrar las respuestas, los atajos y la paz. Hablaba con los muertos de día y de noche. A mi tío Minor le debo mucho más de lo que él se imagina, pensó Keith mientras se acomodaba de costado en la cama, se sacudía la ceniza del pijama y se llevaba el cigarrillo de nuevo a la boca. Las huidizas sombras nocturnas ya habían desaparecido definitivamente del mágico ventanal. Instintivamente su esposa Sofía retiró con las piernas en suaves movimientos mecánicos las sábanas de seda blanca bordadas con hilo del mismo color, probablemente acalorada por los primeros rayos del sol que irrumpían

indiscretos en la intimidad de la habitación. Unas extremidades firmes y bien torneadas quedaron de inmediato al descubierto. ¡Sí que eran hermosas!

La breve lencería europea era ideal para ayudar a soportar los calores primaverales del Caribe. Sofía, como era conocida socialmente, o doña Sofi, como la identificaba el personal de las fincas y de las empresas, se acercaba como una nave gobernada por vientos veleidosos al esplendor de su vida, aquellos cuarenta años en los que una mujer ya resume en su ser la calidad y la intensidad de la experiencia: Robert sintió un impulso inconfesable de cubrir esas extremidades bronceadas y provocativas, sin manifestar la menor expresión de deseo carnal, que lo hubiera expuesto ante su esposa como cualquier hombre susceptible de ser seducido por unos simples encantos femeninos y etiquetarlo como un humilde mortal más. ¡Imposible en un Keith! En todos los actos de su vida era conveniente ocultar sus naturales debilidades para mostrarse como un ídolo de bronce hecho de un solo golpe de troquel. Dale rienda suelta a tus apetitos inconfesables sólo en el más comprobado anonimato, le enseñó hasta el cansancio su querido tío Minor. Como si lo hubiera vuelto a oír y pudiera leer el pensamiento de los santos difuntos, decidió voltearse religiosamente al otro lado de la cama, hacia el enorme ventanal, hacia aquel ventanal por el que veía pasar toda su vida, y dedicarse mejor a descifrar las señales del viento, el balanceo de las palmeras, la aparición repentina de una nube amenazante o entregarse a reconstruir uno a uno los innumerables pasajes de la vida de su tío, que le daban colorido y ejemplo a su propia existencia.

En estas reflexiones se encontraba Robert Keith cuando empezaron a sonar unas suaves campanadas provenientes del reloj despertador de oro macizo que le había regalado entre muchos otros obsequios el presidente de Merryl Linch, una de las casas de bolsa más importantes de Estados Unidos, en agradecimiento por haberlos escogido nuevamente para la última colocación multimillonaria de acciones de La Frutera en Wall Street.* Las campanas

* Wall Street, uno de los agentes más eficaces del capitalismo americano, incorpora a una buena parte de la comunidad en su conjunto. La gran masa que la impulsa está detrás. Son los millones de americanos que invierten su

le recordaban una infancia nostálgica y solitaria. ¿Había acaso un sonido más sugerente para despertar? Eran exactamente las 7:28. Robert Keith contaba con sólo dos minutos para llegar al baño y escuchar el noticiario de las 7:30 de la mañana, patrocinado por una de sus compañías con la condición de que fuera transmitido en inglés precisamente a esa hora. De inmediato se incorporó y mientras se disponía a encender un nuevo cigarrillo su mujer se colocó bruscamente boca abajo, escondió la cabeza bajo la almohada para impedir a como diera lugar la menor filtración de luz y escapar a cualquier ruido, incluso a la respuesta de su marido.

–¿Te costaría mucho callar tu porquería esa y correr las cortinas? –gruñó como quien se resiste a despertar para sólo volver a vivir la misma realidad plana e insípida de siempre.

Keith, por su parte, pensó que ya era hora de despertar: quien tenga ilusiones en la vida debe levantarse con el sol. Se dirigió impasible al baño, sin hacer caso alguno de las súplicas de su esposa. Pasó frente a ella. Volvió, sin embargo, a ver sus piernas, ahora totalmente desnudas y expuestas irreverentemente a la luz. Ciertamente eran una invitación irresistible. ¿Y si cayera sobre ella, así, sin preámbulos ni avisos, sin siquiera caricias previas?, sí, ¡así!, rodeándola por la cintura y la mordiera y recorriera con la lengua toda la espalda, para escucharla gemir y gritar de placer llamándome, invocándome, como lo hace la tierra después de una larga sequía, antes de abrirse al contacto de las primeras gotas de

---

dinero en bonos y acciones de compañías industriales y mercantiles, tanto en su país como en Hispanoamérica o en China; que especulan en la bolsa con valores de todas las clases, como hace más de un siglo especulaban con tierras de Kentucky o en el Yazoo, en busca de una riqueza fácil, rápidamente adquirida, que importan productos de los trópicos, obtenidos a un costo mínimo para venderlos a buen precio en sus grandes aglomeraciones urbanas; que se procuran en el Caribe, en América del Sur materias primas para sus industrias a la más baja cotización posible; que pagan gustosos los impuestos, con los cuales se fabrican los acorazados, cruceros, portaaviones, y demás formidables máquinas de guerra con que Estados Unidos respalda la Doctrina Monroe e impone sus decisiones en América: Quia Monor Leo. Wall Street es un símbolo, la expresión material, objetiva y operante en uno de sus aspectos del profundo y poderoso sentido de adquisición del pueblo norteamericano, el mismo sin cambio fundamental en sus esencias, de los conquistadores del oeste, desde los Apalaches a California. Germán Arciniegas. Tomado de la obra *Entre la libertad y el miedo*, Editora Zarco, México, 1978, p. 291.

lluvia y de recibir después agradecida su generoso caudal. Soy un Keith, ¡carajo! Y por eso, precisamente por esa razón prefirió entonces buscar cualquier pretexto para negar su impulso y cancelar su deseo. Apresuró el paso y sólo cuando oyó en la radio las últimas declaraciones del presidente Franklin Delano Roosevelt se volvió a sentir a salvo y nuevamente dueño de sí. ¡Dios!, se dijo ya frente al espejo mientras se acariciaba la barba antes de empezar a enjabonarse, a las mujeres las inventó el demonio…

Cuando el magnate se encerró tras su acostumbrado portazo, el corazón de Sofía dio un vuelco, como si las costumbres de su cónyuge la hubieran tomado por sorpresa. El mismo sentimiento de rabia e impotencia se manifestó de golpe en su estómago, en su garganta y en sus ojos. Era como una marea que regresaba cada vez más crecida a estrellarse contra la indiferente solidez de las rocas. La alarma sonaba burlonamente mientras el sol, curioso y juguetón, inundaba hasta el último rincón de la magnífica habitación. Había sido como siempre ignorada. Sus quejas desoídas. Su existencia, en fin, desconocida. Eso sí, ahí está ese imbécil de Roosevelt en la radio y este idiota pegado al aparato.

¡Eres un mierda, Rey de la Banana!, ¿me oyes? Sí, eres rey, pero de la mierda. Mil veces rey y mil veces de la mierda. Un día me vengaré de esta cucaracha traganíqueles, juraba Sofía en su impotente silencio, mientras lloraba y pataleaba sobre la cama con la cabeza desesperadamente escondida bajo la almohada.

Sofía se había casado con Robert Keith cuando su padre, don Tomás Guardia, era presidente de la República de Costa Rica.* Las concesiones ferrocarrileras se extendían a la menor insinuación. Las fincas bananeras proliferaban a lo largo y ancho del país. Los vientos de la prosperidad soplaban tenazmente contra las velas de la nave de la fortuna tripulada por su marido. Sofía se sentía una pieza clave dentro de una negociación política y financiera, un objeto a cambio, sin voz ni voto, la prueba para exhibir una alianza, la

* Minor Keith casó en la realidad con la hija del ex presidente de la república de Costa Rica, Rafael Iglesias Castro. Keith haría cualquier cosa por defender sus intereses. Charles Morrow Wilson, *Empire in Green and Gold: The Story of the American Banana Trade*, pp. 36-68; Thomas Mc Cann, *An American Company: The Tragedy of United Fruit,* Nueva York, 1976, pp. 15-17.

erección de un muro impenetrable entre su padre y el sobrino del mayor inversionista americano, entre el gobierno de Costa Rica y el de Estados Unidos. A sus ojos la boda había sido la demostración pública de un acuerdo entre dos grupos de poder. Ella era sólo un engrane más en la avasalladora maquinaria mercantil de los Keith.

Sofía Guardia nunca había conocido la menor carencia material. Cuando pequeña su padre compensaba sus reiteradas ausencias con regalos costosos, por lo general inútiles y aburridos para una chiquilla cuyo único deseo se reducía a jugar a zambullirse una y otra vez con él en la espuma del mar, abrazada entre carcajadas de su cuello. Don Tomás creía cumplir con sus obligaciones paternas en tanto que a su hija no le faltara nada, gozara de buena salud y contara con todos los elementos de diversión propios de su edad. Al crecer Sofía, Tocha, como su padre la llamaba cariñosamente, más crecían en precio los regalos y más crecía su capacidad de gasto gracias a los depósitos hechos en su cuenta de cheques, el primer día de cada mes del año. Cuando Sofía se casó finalmente con Keith, esta Tocha nació mimada por la vida; la historia pareció continuar hasta el infinito. A los abultados depósitos de su padre, quien juró sobre las siete leyes no suspenderlos jamás para que a su hija siempre le alcanzara para los alfileres, se sumaron los de su esposo, más importantes que los de aquél. En lugar de muñecas costosas vinieron los muebles importados. En lugar de casitas de juego instaladas entre los centenarios laureles de los enormes y coloridos jardines del hogar paterno aparecieron las residencias de verano e invierno y con ellas las joyas ostentosas y los vestidos firmados por las más distinguidas casas europeas, no tanto para que ella los luciera en la Casa Blanca o en los *cocktail-parties* de Wall Street, sino para demostrar en todo momento el poder económico de su marido.

Nada había cambiado en la vida de Sofía Guardia. De hecho sólo había mudado de domicilio. La niña graciosa y educada que decorara en su momento una familia ahora decoraba un matrimonio, igualmente rodeada y saturada de los mismos lujos, aburrida de viajar por el mundo como una pincelada más de la personalidad de su esposo y harta de escuchar sus deslumbrantes éxitos políticos y económicos. Día a día se instalaba más en la apatía y en la indiferencia. Día a día la abulia se apoderaba de algo más de ella. Tenía

todo y le faltaba todo. Como su madre, doña Gloria, exactamente igual que ella, habría de extinguirse gradualmente. Doña Gloria dejó un día de sonreír; otro, dejó de hablar. Fue transformándose en una esfinge hasta que su vida, como el fuego parpadeante de una vela, se apagó ante los ojos sorprendidos de don Tomás, quien nunca entendió la enfermedad de su mujer, como tampoco pudieron diagnosticarla la larga cadena de médicos traídos expresamente de las mejores universidades de Estados Unidos.

Yo no moriré como mi madre, insistía una voz en la intimidad más escondida de Sofía. Yo he tenido contacto con la vida, la he sentido al agitarse algo en mi interior, como una paloma asustada en las manos de sus captores. En mí algo vive y grita, pero también algo se muere a diario. Lo he silenciado deliberadamente y lo he ignorado como si tragara veneno.

Lo supe aquella tarde cuando Antonio, sí, Antonio, el inolvidable Antonio, me llevó al final del muelle y ahí, en el atardecer encendido, frente al mar, me besó por primera vez mientras contemplábamos el arrebol del Caribe y las olas festejaban nuestro atrevimiento salpicando juguetonas nuestras ropas. Soñé que me miraba fijamente a la cara; yo prefería clavarle la vista al sol, como para robarle algo de su fortaleza, al tiempo que él empezaba lentamente a desabotonarme la blusa, sin dejar de verme un solo instante, serio, muy dueño de sí, plenamente consciente de lo que hacía y hacíamos. Las gaviotas de piar agudo y breve revoloteaban escandalizadas sobre nuestras cabezas como si quisieran impedir nuestras caricias. Yo le dejaba hacer. Cerraba los ojos y por un buen rato sólo podía ver el rojo encendido del horizonte. Creí temblar, escuchar de pronto un grito, un estallido; la lengua se me pegaba al paladar, las manos se me helaron, mientras mis pechos despertaban de un largo sueño y se convertían en piedras suaves al solo contacto de aquella caricia ignorada, de aquella piel mágica, de la luz, la brisa y la sal. Sentía llenarme de vida, hincharme de felicidad, al extremo del desbordamiento; acercaba mi cuerpo al fuego, lo ponía a prueba para descubrirlo y conocer su respuesta. Por instantes se me escapaba la vida. Escuchaba aldabazos en el pecho, como si fueran dados por un gigante decidido a derribar el hermoso portón de lo prohibido.